

se reconocerían en ninguno de los cuatro movimientos que Gibellini privilegia, y que, si tuvieran que definirse, tal vez lo harían entroncando con la gran tradición de la teología como *explicatio fidei*.

Trazar la historia de un movimiento en curso, y en el que uno mismo está comprometido —y eso ocurre en todo intento de esbozar hoy y ahora una historia de la teología en el siglo XX—, es sin duda alguna arriesgado y, en todo caso, expuesto particularmente a discusión. Sólo el diálogo entre las diversas interpretaciones puede ofrecer esas garantías de relativa objetividad que, respecto a otras épocas, trae consigo la distancia temporal. La obra de Gibellini, además de la información que ofrece, entra en ese diálogo. A continuarlo y ampliarlo aspiran, como es obvio, las observaciones que, por nuestra parte, acabamos de esbozar.

J. L. ILANES

Constancio GUTIÉRREZ, *Trento, un problema: la última convocación del Concilio (1552-1562). I. Estudio*, Universidad Pontificia Comillas («Corpus Tridentinum Hispanicum», V), Madrid 1995, XXXIV-614 pp., 17 x 24.

El jesuita Constancio Gutiérrez, el especialista número uno del Concilio de Trento, se halla embarcado desde hace muchísimos años en una empresa de gran envergadura, un *Corpus Tridentinum Hispanicum*, que, si llega a buen puerto, constará de unos doce densos volúmenes, dos menos de los previstos en 1981. El primero, agotado, *Espanoles en Trento*, Valladolid 1951 en más de 1100 pp. reúne una inmensa cantidad de noticias sobre todos los españoles que participaron en las tareas tridentinas. Es la obra de obligada referencia, a la que todos acudimos, sin sentirnos nunca defraudados. Los volúmenes II, III y IV titulados *Trento: un concilio para la unión (1550-1552)*, Madrid 1981, con un total de unas 1850 pp., se ocupa exclusivamente del segundo periodo. Ante todo edita críticamente las fuentes, muchas de ellas nuevas, y después las analiza a fondo.

En la presente ocasión ha comenzado por el *Estudio*, pero no del tercer periodo, sino sólo de su preparación o *Preconcilio*. Han de seguir cinco o seis volúmenes con el material que le ha servido de base. Puesto que la sustancia de las fuentes es ahora del dominio público ¿no sería preferible que terminase la historia del *Concilio* y del *Postconcilio*, que en 1981 estaba ya en parte preparada?

Apresurémonos a decir que las líneas generales del presente volumen eran ya conocidas: el litigio de los cabildos con los obispos, el impuesto

de la cuarta, el lugar de reunión de la futura asamblea, la bula convocatoria, etc. La novedad radica en la enorme masa documental que el A. ha logrado juntar en el Archivo Vaticano, en el Archivo General de Simancas y en varios Archivos Capitulares españoles, con la que ha podido estudiar exhaustivamente cada uno de los temas que aborda. Porque no fue un camino de rosas el que hubo que recorrer desde la segunda suspensión del Concilio hasta su tercera apertura. Las dificultades surgieron desde el primer momento.

Al suspenderse temporalmente los trabajos, el Concilio de Trento exhortó a todos los príncipes cristianos y a todos los prelados a que observasen e hiciesen observar en sus reinos, dominios e iglesias todas y cada una de las prescripciones aprobadas hasta entonces (28 abril 1552). Como a la sazón se hallaba bastante extendida la opinión de que no era necesaria la confirmación pontificia para un concilio que había sido convocado legítimamente, presidido por legados del papa y dirigido desde Roma, los obispos no tardaron en proceder a la visita de los cabildos catedralicios, recurriendo a excomuniones, cárceles, destierros, confiscación de bienes y multas. El emperador, el príncipe Felipe y el Consejo Real salieron en su apoyo. Los cabildos se aprestaron a la defensa buscando la protección de Roma.

El litigio de los cabildos se convirtió en una lucha de principios sobre la aplicación e interpretación de los decretos tridentinos. «Con extremo vigor —escribió el Dr. H. Jedin— la curia sostuvo que el Tridentino, sess. VI *De reformatione*, c. 4, no era todavía derecho vigente; los obispos, antes de la aprobación del Papa, no tenían en manera alguna el derecho o la competencia de visitar sus capítulos o de modificar en nada la situación jurídica existente sin permiso de la Santa Sede. En presencia del datario, Julio III se expresó en el sentido de que el concilio no estaba concluido, que por tanto se podían cambiar todavía los decretos; ellos no poseían fuerza de ley hasta que él no ordenase su observancia, puesto que él estaba sobre el Concilio (*poys era sobre no Concilio*)». Paulo IV defendió la misma tesis. Gregorio de Ayala escribió el 8 de julio de 1556: «He hablado con su Santidad... Dijo... que el Concilio Tridentino no lo era, porque le faltaba la tercera solemnidad, que era la aprobación del Sumo Pontífice, y se refería de modo particular a la sesión sexta del mismo».

El A. parece considerar válidos los decretos tridentinos aun sin la confirmación pontificia; pero los breves autorizando a obispos a la visita de los cabildos, que él alega, prueban lo contrario, ya que, aunque se diga que el Breve «se fundaba en el Concilio Tridentino o se acomodaba a él, que la concesión la había hecho ya el Concilio o que el destinatario había

estado allí presente», se pide permiso al papa para la visita y éste no afirma que la licencia pontificia es superflua, puesto que lo que se pide ha sido concedido por el Concilio, sino que a pesar de todo, manda expedir el Breve y la fuerza de la autorización le viene, no del Concilio, sino del Papa (cf. pp. 16, 357-358 y 368).

Según el A., «llama la atención que, supuesta esa invalidez de los decretos tridentinos y su carencia de fuerza obligatoria, los cabildos españoles —salvo el de Astorga— no invoquen nunca en su favor ese argumento poderoso. Una ley que no está en vigor, no obliga y por tanto no se puede invocar en derecho» (p. 357). No creemos que el caso de Astorga sea excepcional. El cabildo de Pamplona invocó dicho argumento dos veces. El 13 de febrero de 1554 Miguel de Erro, en nombre y como procurador del cabildo, apeló contra el intento del obispo Alvaro de Moscoso de visitar la iglesia catedral en base a la sesión sexta. El obispo no puede valerse del Concilio de Trento, porque aún no está concluido ni confirmado por el papa ni publicado y por tanto no tiene fuerza de ley. El Concilio está suspendido y todo lo contenido en él ha quedado también suspendido. Cuando el mismo obispo un mes más tarde intentó realizar la visita, los canónigos presentaron una apelación razonada, en la que volvieron a repetir que el Concilio Tridentino no estaba aprobado ni confirmado por su Santidad para que se ejecutase, antes bien estaba suspendido y mientras durase la suspensión, no se podía ejecutar (J. Goñi Gaztambide, *Historia de los obispos de Pamplona*, III, Pamplona 1985, pp. 460 y 464). La historia de este litigio ocupa en la obra del P. Gutiérrez los seis primeros capítulos, es decir, 135 pp.

Con Paulo IV se abren nuevos frentes de combate: la guerra con España y el impuesto de la cuarta, particularmente aborrecido por los cabildos. Pero la mentalidad iba cambiando. Para muchos obispos lo más importante era la reforma. ¿Qué vamos a sacar con nuevas definiciones dogmáticas? Los protestantes no nos han de hacer caso. No existe esperanza alguna de recuperarlos. Ocupémonos, pues, de la reforma. En España, al igual que en otros países, se venía trabajando en ella desde principios del siglo XV y aún antes. Nuestro A. parte desde el año 1512 y se detiene en los umbrales de la tercera etapa conciliar. Toma como paradigma el informe elaborado por el arzobispo de Sevilla fray Diego de Deza con miras al concilio V de Letrán y termina con el canonista¹ portugués hispanizado Alfonso Alvarez Guerrero. Con frecuencia se repiten las mismas cantinelas. El más constructivo de todos los memorialistas fue San Juan de Avila como el remedio más eficaz.

A la batalla de la reforma siguió la más dura de las batallas, la de la convocatoria. A su estudio consagra casi todo el resto del libro (pp. 241-510). El protagonista principal fue Pío IV, secundado por Felipe II. Los puntos de discordia fueron varios. ¿Dónde se ha de celebrar el Concilio? Los franceses y los alemanes no querían ni oír hablar de Trento. ¿Ha de ser un concilio nuevo o continuación de las dos etapas anteriores? La respuesta condicionaría la redacción de la bula de convocación. Se optó por una fórmula ambigua, que no gustó a nadie. Como sin España no era posible el Concilio, fue preciso contentar secretamente a Felipe II. El A. analiza con gran despliegue documental la acogida dispensada a la bula en los países católicos, protestantes y cismáticos.

Superadas las dificultades, Pío IV concentró sus energías en los preparativos inmediatos del Concilio: nombramiento de los legados, de teólogos pontificios, del funcionariado y de los servicios, al paso que presionaba a Felipe II para que enviase a Trento sus obispos, teólogos y embajador. El rey los fue soltando por entregas a medida de las conveniencias de su política y de la política pontificia. Todavía se libraron algunas escaramuzas antes de la apertura: el uso de la muceta; la cuestión de la precedencia a todos los niveles (diplomáticos, obispos, teólogos, canónigos regulares, abades y generales de Ordenes Mendicantes) y, por último, el primado de todas las Españas que se atribuía el venerable fray Bartolomé de los Mártires, cuando ni siquiera era reconocido en Portugal. Por varias causas se fue aplazando la apertura, que por fin se verificó el 18 de enero de 1562 en presencia de 117 Padres.

«¿A cuenta de quién se ha de apuntar el éxito? Fundamentalmente a Pío IV. Es indudable que sin su empeño constante en mantener —con eclipses, con vacilaciones y aun contradicciones— el continuismo conciliar de esta última convocatoria, el Concilio... no hubiera salido a flote, y con ello los trabajos anteriores, los esfuerzos y conquistas de las dos etapas precedentes hubieran resultado vanos. Paladín infatigable de la continuidad fue también el Rey Católico. Sin su tenacidad en mantenerla y apoyar al Papa contra el Papa mismo, éste no hubiera resistido. Tan fuertes eran las presiones, tan cualificados y potentes los opositores, que sin la tozudez —llamémosla así— de Felipe II y sus ministros, Pío IV hubiera cedido en su propósito dando de lado al continuismo» (p. 510).

Así termina su exposición el P. Gutiérrez. Vienen después un Índice analítico, un Apéndice de 25 documentos punteros y otro de pasaportes para Trento o relacionados con Trento, indicando el número de cabalgaduras, el dinero, la plata y el equipaje de cada uno. La obra, rica en noticias de todo tipo, adolece de algunas lagunas bibliográficas, por ejemplo, no se

cita ni utiliza el *Synodicon Hispanum*; se recurre a la traducción italiana de la *Historia del Concilio de Trento*, de H. Jedin, omitiendo la versión castellana, más accesible, publicada por EUNSA, Pamplona 1972-1981, 5 vols. Tal vez no atribuye la debida importancia al proyecto de Paulo IV de celebrar un concilio en Roma al estilo del Lateranense V, mostrándose en éste y en otros puntos genial y moderno, según el P. Leturia. Gracias al despliegue de erudición de la obra, esperan sin duda al lector muchas y agradables sorpresas.

J. GOÑI GAZTAMBIDE

Joan ESTRUCH, *Santos y pillos. El Opus Dei y sus paradojas*, Herder, Barcelona 1994, 478 pp., 21'5 x 14.

Joan Estruch, director del Departamento de Investigaciones en Sociología de la Religión de la Universidad Autónoma de Barcelona, publicó en 1993 un libro titulado *L'Opus Dei i les seves paradoxes: un estudi sociològic*; al aparecer en 1994 la versión castellana el título original ha pasado a subtítulo y la obra —sin duda por razones comerciales— ha recibido un nuevo título, menos científico que el primitivo.

Según cuenta Estruch en el prólogo, al preparar en 1984 la edición catalana de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de Max Weber, apuntó el interés de que alguien estudiara la posible relación entre el espíritu del Opus Dei y el estilo del capitalismo español de los años posteriores a 1956. Algo después un sociólogo amigo suyo le sugirió que fuera él mismo quien realizara ese estudio. La idea permaneció en el estadio de mero proyecto hasta que el Institute for the Study of Economic Culture de la Universidad de Boston, con el que Estruch está en relación, aceptó incluir esa investigación en sus programas, financiándola. Ese fue el origen del presente libro, si bien, como el propio Estruch declara, la idea primitiva fue quedando en un segundo plano, ya que su trabajo, y por tanto la obra finalmente redactada, se orientaron en otra dirección.

De hecho en el libro efectivamente publicado el estudio sociológico sobre la mentalidad de los empresarios españoles de los años sesenta y el influjo que al respecto pueda haber tenido el espíritu (la ética, según la terminología weberiana) del Opus Dei, queda reducido a la segunda parte, menos trabajada y más breve que la primera: no llega a las cien páginas (pp. 361 a 456). El cuerpo del libro está constituido por la primera parte, de más de trescientas páginas de extensión (pp. 13 a 357), con un conteni-